

tura, cuando entró un corpulento y rubio señor, a quien por el pergenio y el acento tuvieron y diputaron por alemán, y lo era efectivamente.

En ese tiempo estaba la otra guerra europea en toda su fuerza, y Soto Borda, apenas se enteró de que el recién llegado era un germano, vio el cielo abierto y, como siguiendo una conversación, le dijo a su compañero, después de guiñarle el ojo:

—Según iba diciéndote, Pacho, no hay una nación como Alemania. ¡Qué fuerza! ¡Qué pueblo! ¡Qué sabios! ¡Qué filósofos! ¡Qué poetas!

Y siguió haciendo la apología de Alemania.

En la conversación salieron a relucir las viejas catedrales que se reflejan en las aguas del Rhin legendario; Berlín, con su paseo de los Tilos; Nuremberg, con sus fábricas de juguetes; La vieja Colonia, donde los estudiantes «cantan baladas y beben cerveza»; el hada Loreley, que peina sus cabellos rubios sobre la roca abrupta y atrae con sus cantos sortilégicos a los pescadores; «la soñadora virgen de la orilla que el corazón inflama del guerrero»; las pensativas rebecas germanas que llenan sus cántaros rojos en las pozas de las plazoletas; la luna de Beethoven, apacible e insomne, a cuyo fulgor tejen sus danzas los nixos de la rivera....

Todo lo que Soto Borda sabía de Alemania lo vació en los oídos de Restrepo Gómez y del rubicundo teutón, que escuchaba encantado. Por fin éste no pudo contenerse, se levantó de su mesa y se acercó a los dos vates.